



El Dr. Eduardo Kalina es médico psiquiatra y psicoanalista

LOS JOVENES TOMAN DROGAS: ¿POR QUE? (I)

Las drogas y los tóxicos, que hasta hace poco sólo formaban parte del bajo mundo disueltos en la oscuridad de la noche o comercializados en las esquinas apartadas, salen ahora a la luz del día y ganan un nuevo sentido en manos de los adolescentes.

Entre las paredes de los baños escolares o en la penumbra de los recintos cerrados, lo que era propio de marginales y delincuentes, se transforma ahora en un agudo y más amplio problema social: la difusión de los tóxicos entre la juventud.

El joven que hoy en día recurre a las drogas ya no es un caso de excepción ni tampoco un «mal elemento» que debe ser crucificado por la ira de la moralidad. Su gesto tiene un sentido. Su desesperación entraña un pedido. Su dejadez, una falsa justificación. Todo esto necesita ser entendido y atendido para que el adolescente no se transforme en alguien marginado, pasivo e inconsistente. La gravedad de esta cuestión no se resuelve con una simple negación o a través de la represión. El problema tiene que ser enfrentado y comprendido en sus diversas dimensiones: la de las relaciones familiares y la de su utilización en un nivel social.

¿Por qué mi hijo toma droga?

Son muchos los padres que se hacen esta pregunta. Pocos, sin embargo, con la suficiente honestidad. En la mayoría de los casos ella permanece semisofocada, en el fondo, inconscientemente, poblando de culpas los sueños de los mayores. En efecto, la relación más frecuente es la acusación, la segregación y el castigo. O peor todavía una actitud de aparente desentendimiento —como si se quisiera poner fin al problema que ya tiene hondas raíces— en la personalidad del adolescente, en su familia y en el mundo que lo rodea, mediante el enjuiciamiento moral o una violenta intolerancia no siempre disimulada.

En el origen de la actitud drogadicta del adolescente se entrecruzan dos grandes vértices: su historia individual (familiar) y la crisis del mundo al que se enfrenta. La incidencia creciente del consumo de tóxicos en la adolescencia no es una casualidad. Resulta, principalmente de la gravedad de la crisis propia de ese período en un mundo cultural como el nuestro. Porque si la adolescencia es una búsqueda y una inquietud de carácter personal, expresión de necesidades y vivencias desarrolladas en el grupo familiar, ella no puede sino estar estrechamente ligada a los acontecimientos del medio en que tiene lugar. Ya que la propia familia sólo puede ser entendida como una microsociedad, en la cual se reflejan y a través de la cual se transmiten los conceptos culturales y sociales más amplios.

En un principio, los caminos capaces de conducir al adolescente a la drogadicción pueden parecer intrascendentes. En efecto, el consumo de drogas suele comenzar muchas veces, de manera trivial. Las más frecuentes de esas es la ingestión de anfetaminas u otros estimulantes, a los que recurren los adolescentes para poder estudiar. A veces, son los propios padres quienes proporcionan a sus hijos las anfetaminas para que logren resistir a una noche de trabajo intelectual «de manera rendidora», y es así, como sin advertirlo pasan a desempeñar un papel inductor en la relación que los jóvenes establecen con los tóxicos. También es frecuente que, en sus propios hogares, los adolescentes estén habituados a ver a sus padres fumando no pocas veces de manera descontrolada, y consumiendo bebidas alcohólicas o ingiriendo toda clase de pastillas las que les permiten dormir, las que ayudan a adelgazar, las que estimula su predisposición al trabajo. Todos estos son modelos de conducta que pueden llegar a desempeñar una función altamente condicionadora en el interés y la ulterior necesidad que un joven puede tener con relación a las drogas. Inconscientemente, él aprende que mediante cierto tipo de píldoras o a través del alcohol o el tabaco es posible «superar» ciertas tensiones o disminuir la intensidad de algunas dificultades psicológicas.

No menos habitual es que, en una fiesta de adolescentes, alguien ofrezca al grupo un cigarrillo de marihuana. Cuando el que lo acepta es un joven psíquicamente sano, hará su experiencia y más allá del resultado que obtenga (un bueno mal «viaje»), no volverá a probar la droga o lo hará ocasionalmente. Pero las personas débiles suelen reincidir con frecuencia creciente, precisamente, porque sienten y creen que es su debilidad lo que el consumo de drogas neutraliza. Es así como, paulatinamente, comienzan a no poder prescindir del tóxico: sin él la realidad no les ofrece perspectivas interesantes ni tolerables. Este es el instante en que empieza a desarrollarse la adicción propiamente dicha. El estado previo de la estructura psicológica del individuo condicionará las características y la intensidad de ese desarrollo. (Continuará) □